

ESTRATEGIAS DISCURSIVAS EN UN ARTICULO PERIODISTICO DE RUBEN DARIO PARA LA NACION

Eduardo Romano

Literatura modernista y periodismo

Entre los diversos factores que modifican el sistema intelectual, en las últimas décadas del siglo pasado, se cuenta la importancia que adquirieron ciertos periódicos de este continente, en los cuales comenzaron a colaborar escritores latinoamericanos de otros países.

Así, antes de viajar a Buenos Aires, en 1894, el nicaragüense Rubén Darío era ya colaborador —desde Chile, adonde había acudido para completar su formación intelectual— del matutino fundado en 1870 por el ex presidente Bartolomé Mitre.¹

En realidad, éste había fundado su periódico familiar con fines políticos durante aquel mandato (1862-1868), lo llamó *La Nación Argentina* y puso en su dirección a un correligionario, don José María Gutiérrez. Sucedido

¹ Cf. Ricardo Sidicaro, introducción a *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación. 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993. El autor señala allí que el tiraje inicial era de mil ejemplares y sólo en la década de 1890 alcanzó 120 mil ejemplares, en una ciudad que reunía entonces 633.200 habitantes, de los cuales un poco más de la mitad eran extranjeros.

en la presidencia por Domingo F. Sarmiento, intentó darle un sesgo menos partidario y, como parte de la reestructuración, modificó también el nombre.

Ciertas actitudes políticas adoptadas por Mitre posteriormente, como levantarse en armas al ser elegido para la presidencia el tucumano Nicolás Avellaneda, en 1874, obstaculizaron dicho proyecto y le acarrearón sanciones al periódico.

Sólo hacia fines de la década del 80 tal modificación fue cumpliéndose y a eso contribuyó no poco esa amplia concertación de fuerzas que fue la Unión Cívica. De tal modo que, en la última década del siglo XIX, *La Nación* había consolidado un público lector que excedía a la facción mitrista.

Como solía ocurrir entonces, los periódicos que adoptaban un perfil menos partidario iban acordando mayor espacio a la literatura. También desde ese cambio puede medirse la aparición, en diversos periódicos americanos, de un género discursivo novedoso, el de la crónica modernista.

Texto de cuidada elaboración, "cuyo interés central no es informar sino divertir" (y complacer, añadirle), "sus precursores en América latina son Manuel Gutiérrez Nájera (en *El Nacional de México*, 1880) y José Martí (en *La Opinión Nacional*, 1881-1882, y *La Nación*, 1882-1895)".²

Sin embargo, el texto del que voy a ocuparme presenta otras características, mucho más desusadas, en cierto modo, para el periodismo de la época. Me refiero a las notas sobre escritores, muchos de ellos poco o nada conocidos para el lector literario argentino, que Darío envía a *La Nación* y con las cuales formará, previa selección y algún añadido, su volumen *Los raros*.

Representantes de lo que se solía llamar entonces el "decadentismo" francés, Darío intercalará entre ellos unos pocos nombres cuya rareza consistía en otros atributos, y entre los cuales cabe destacar a Ibsen y a Martí. Este último, además, es el único escritor latinoamericano incluido.

Por otra parte, el artículo dedicado a José Martí, que aparece el 1-6-1895, tiene una particularidad que lo distingue de todos los otros. Forma parte de un homenaje que el periódico dedica al cubano con motivo de su muerte, ocurrida en un intento de desembarco emancipador, el 19-5-1895.

Martí, que venía luchando por la independencia cubana desde mucho antes, colaboraba en *La Nación* desde 1880 y había sido el cronista del diario durante la reunión del Congreso Panamericano de 1889.

Su aguerrida posición antinorteamericana, en esas circunstancias, respondió a una lúcida prevención respecto del expansionismo de dicho país (se había anexado más de la mitad del territorio mexicano), posición que lo convertía en un aliado para quienes, como Mitre, habían subordinado la economía de nuestro país a los intereses británicos.

² S. Rotker, *La invención de la crónica*, Letra Buena, Buenos Aires, 1992.

Relevamiento del cotexto periodístico

Las funciones, efectos y resonancias de un texto inserto en la pluralidad textual que llamamos periódico, exige relevar todo aquello que lo rodea y condiciona. En esa tarea semiótica, es aconsejable agotar todo aquello que, para el observador, resulte medianamente significativo.

Comenzamos entonces por la presentación: doce páginas tamaño “sábana”, que imponían una lectura no sólo hogareña sino sobre una de esas amplias mesas que amoblaban las salas de entonces o sobre un cómodo escritorio. Y la sorpresa —para la mirada actual, sacudida permanentemente por titulares desde los quioscos— de una primera plana atiborrada de palabras.

En efecto, salvo el nombre *La Nación*, en un breve espacio superior aireado, donde figura también la dirección, el precio (\$ 0,07), el N°7722 y la fecha, el resto lo forman siete columnas apretadas de palabras, prácticamente sin diagramación. Encabezando la columna superior izquierda, la cotización del oro: cerró a 348,50.³

Inmediatamente debajo, una guía de espectáculos que consigna en primer lugar la empresa Ferrari (lírica italiana) en la Opera; luego las ofertas teatrales del Odeón, San Martín, Comedia, Mayo y Edén. En tercer término, las fiestas del Pabellón Argentino y el salón de patinaje del Columbia Skatin Rink (a \$ 0,50 durante el día y \$ 1 por la noche), un duelo de pelota vasca por parejas en el Frontón Buenos Aires.

Y también, es claro, los circos: el Buenos Aires (Corrientes y Ecuador), donde actúa una compañía ecuestre, gimnástica y acrobática; el Anselmi, de Entre Ríos y Cochabamba, que publicita *Los amores de una gaucha* confirmando el éxito que tuvieron los dramones gauchescos a partir de *Juan Moreira*, estrenado unos diez años antes.

Cinco avisos funerales, insertados a continuación, tampoco dejan de asombrarnos. A lo cual siguen ofrecimientos de servicio doméstico (cocineros, mucamas, niñeras y sirvientes) y colocaciones varias (de arquitectos y constructores a un chocolatero, jardineros, oficiales de costura).

Las piezas y casas en alquiler se extienden a un almacén, una casa-quinta y un corralón. Los artículos en venta cubren asimismo un amplio espectro: del menaje (alfombras, muebles, lámparas) a la higiene o los vicios personales (dentífricos, cigarrillos, productos anticaspas y tinturas para canas), hasta alfalfa, una desgranadora de maíz o los servicios de ciertos talleres de fundición.

³ Más que una limitación técnica, esta presentación responde a un criterio, el de su fundador. En ese mismo momento, periódicos norteamericanos como el *Examiner*, de Hearst, incluían una dosis fotográfica y una diagramación más piadosa. Mitre apostaba, por lo contrario, a la “tribuna de doctrina” (frase empleada en la definición del número inicial) y a un núcleo restringido de lectores.

La sección compras y arrendamientos insiste en ropa o muebles, pero recalca en seguida sobre campos, terrenos, chacras, hipotecas, alhajas y ovejas. Los comerciantes dan cuenta de algún cambio de firma, consignan la solicitud de algunos que desean ser admitidos en la Bolsa de Comercio, algo que refuerzan las casas introductoras de tabacos, perfumes y remedios, aparatos, bebidas, frutos del país y haciendas.

Los profesionales son asimismo muy variados: médicos, abogados, contadores, calígrafos, comisionistas, escribanos... Y a continuación la oferta educativa individual o institucional (colegios, academias), en la que no faltan esos avisos algo equívocos para las hipócritas costumbres de la época: "Institutriz se ofrece por horas, enseña francés, alemán, piano y labores..."

Siguen las lecciones —de piano o de idiomas— en la segunda página. Pero volvemos pronto a las actividades públicas: convocatorias, liquidaciones y asambleas de bancos y compañías financieras, movimiento de vapores, licitaciones y varios (Dirección General de Rentas, escuela de baile, empresa de perforaciones, pensión familiar, evaluación de propiedades, etc.).

Detrás de los edictos judiciales y la información bancaria, vienen los avisos notables —por su tamaño y porque aportan alguna imagen dibujada—, dirigidos sobre todo a la salud (linimento, jarabe antitusígeno, píldoras purgantes, hierro contra la debilidad o las irregularidades menstruales) o al arreglo corporal (agua de Colonia *Atkinson*).

Las máquinas fotográficas de la casa Enrique Lepage, en oferta de \$ 20 a 500, acompañan iconográficamente a la publicidad de objetivos, obturadores, tarjetas y placas. Muy poco después esa misma casa, de Bolívar 375, se encargará de traer al país las primeras cámaras cinematográficas y un técnico de ésta figurará entre los pioneros del séptimo arte en estas tierras.

Esta descripción no deja dudas, creo, acerca de quiénes eran los destinatarios directos —e indirectos— del periódico. Aquéllos pertenecían a un fragmento de la clase dirigente argentina, el vinculado con instituciones como la Bolsa de Comercio o la Sociedad Rural, lo que se conoce también como oligarquía agropecuaria y financiera.

La amplia batería de avisos mencionada, y que se completa en gran parte de las páginas 7 a 12 con otros de remates privados y bancarios, con más información acerca de la Bolsa, las cotizaciones, lanas y cereales, datos sobre frutos del país, importación y exportación, precios del mercado y hasta una revista económica de la segunda quincena del mes anterior, cubría ampliamente las expectativas de cualquier hombre de negocios.

Y también, por qué no, de su mujer, de lo que ésta necesitaba para mejorar la vida doméstica, enterarse de alguna defunción entre familias allegadas (de ahí el lugar privilegiado de los avisos fúnebres), saber cuáles eran los espectáculos en cartelera, a buena parte de los cuales podía asistir.

Lo que resta comentar, apenas una cuarta parte del material, reviste otra

importancia. En la tercera página, siempre arriba y a la izquierda, está lo que podemos considerar editorial sin firma: “La amnistía, la ley y la equidad”. Un comentario sobre la decisión oficial de amnistiar a los militares que habían participado en el levantamiento radical de 1893.

Luego de otra nota que se ocupa de “La cuestión suministros” y “El servicio militar obligatorio” (estaba entonces en preparación y hoy, a un siglo, acabamos de asistir a su cancelación), aparecen los primeros trabajos con cierta elaboración verbal-literaria.

Cada uno, a su vez, ejemplifica una manera de firmar. “Regocijos teatrales”, bastante humorístico, está firmado con el seudónimo Do Mayor y relata que el público del teatro Rivadavia, disconforme con el espectáculo, la emprendió a los sillazos, instaurando una nueva modalidad de desaprobación.

Llama la atención que sea Alberto Ghirardo el responsable de la nota siguiente. Cabeza intelectual del anarquismo, y enemigo por tanto del orden burgués, sorprende su colaboración en un diario orientado hacia la clase dirigente porteña. Demuestra, en todo caso, que la “república de las letras” estaba por encima de otras diferencias, que la condición artística era una llave capaz de abrir todas las puertas.

“A bordo de la Uruguay” puede ser leído como un relato de viaje, pero adopta hacia el final un giro crítico acorde con el autor, quien enjuicia esa mala costumbre de que el joven díscolo de las “buenas familias” sea castigado con elenganche a la tripulación de algún buque.

Y concluye el autor de *Alma gaucha* diciendo: “...en estas líneas no trato de aludir a un defecto particular, sino general, que viene de lo alto, de arriba, de la rama principal, que es de donde siempre hay que empezar a corregir”.

En fin, “Cosas del día”, firmado con las iniciales C.G., comenta el extraño caso del señor Onofroff, un embaucador que se dice mago y lector del pensamiento ajeno, e incluye el reportaje a un estudiante de derecho que denuncia sus embustes.

La página cuatro trae telegramas de corresponsales propios y agencias (Havas) provenientes de varios países de Europa, China, Japón, América latina y el interior del país. “Ecos del día”, novedades políticas locales y de naciones limítrofes. Además de otras noticias de la vida militar, datos del Censo Nacional (1894) y “Venta de tierras públicas”.

Completa esa página “Tradiciones de Salta. Tesoro oculto”, un texto que firma P.Zorreguieta y pertenece a un género muy en boga a consecuencia del éxito que tuvieron las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma y que Joaquín V.González, ex ministro de Roca, propiciara como la más adecuada literatura nacional.⁴

⁴ J.V.González, *La Tradición nacional*, Buenos Aires, 1888. Ese ensayo representa “el

En la cinco hay un anota con información e incluso citas dirigidas a la Guardia Nacional, un regimiento que, como sabemos, se nutría con jóvenes de la clase alta porteña. Noticias políticas, financieras y portuarias de La Plata y "El día comercial" con novedades de lo sucedido en la Bolsa de Comercio.

"Libros y revistas. Notas bibliográficas" trae comentarios de *El amor* (Stendhal), de una *Historia del Derecho* publicada en Cambridge, de un tratado de análisis clínicos y de varias piezas musicales recién editadas, entre ellas un Schottisch y una mazurca.

En una veta más mundana, *Le Monde Moderne* y *Revue Mensuelle Illustrée* parecen apuntar a las lectoras. Eso se confirma al añadir que "La peluquería y tienda de objetos de tocado y adorno para señoras de M.G.Moussion, *Coiffeur des Dames*, ha obsequiado a sus clientes con un precioso librito catálogo...".

"Teatros y fiestas" comenta la actualidad del espectáculo. Anuncia que se cantará *Gioconda* en el Opera. Opina que "Las maravillas del arte", en el Comedia, es un collar de parodias que Frégoli y otros actores realizan del segundo cuadro de la zarzuela española *La verbena de la paloma*. En la apoteosis final, participa el poeta Guido Spano.

Las restantes noticias se refieren a lugares de entretenimiento o centros recreativos de menor prestigio: Nacional, Edén, Pabellón Argentino, Centro Social Porteño, Orfeón Asturiano, Orfeón La Euterpe.⁵

Esa sección repite, exactamente, las jerarquías de la primera página, cuando anuncian los espectáculos. Por encima de todo, la ópera, la diversión preferida por la elite porteña. Luego la actividad teatral, referida siempre al estreno más reciente. Y por último los lugares de esparcimiento propios de la inmigración ultramarina, incluso los que ellos mismos habían creado. Lo cual nos da la medida de hasta dónde *La Nación* de ese momento desbordaba los límites de su público básico.

Completan esta página noticias educativas, tribunalicias, policiales y varias. Ahí, entre informaciones sociales y de diversos centros, intercalan "Bonos de la deuda consolidada" y "Remate de animales", como si estuvieran obsesionados por no perder de vista a sus principales suscriptores.

Una página distinta

Eso parece la sexta que, salvo "Navegación", que informa sobre trabas

bastión que la clase dirigente levanta contra la gauchesca, por un lado, y contra el naturalismo o el sensualismo decadente o modernista, por el otro" (Romano, E., *El nativismo como ideología en el "Santos Vega" de Rafael Obligado*, Biblos, Buenos Aires, 1991, p.22).

⁵ Los Orfeones eran agrupaciones juveniles, sobre todo de inmigrantes, que preparaban durante el año números musicales y desfiles para la celebración del Carnaval.

aduaneras y movimiento marítimo, está dedicada a José Martí. El artículo principal, el de Darío, apoya sobre el lado izquierdo de la página, va precedido por unos versos en francés de Leconte de Lisle y por este encabezamiento:

“*La Nación* cumple hoy con el deber de honrar a quien honró sus páginas, a uno que estando allá lejos, fue de la casa; al escritor caudaloso y opulento que, con la fuerza de su alma y la nobleza de su corazón, conquistó admiración y cariño en el suelo argentino”.

En la parte derecha, incluyen el *facsimile* (sic) de una carta particular del cubano a Miguel Tedín, fechada en Nueva York, 17-10-1889. En ella, acusa recibo de la *Historia de San Martín* del general Bartolomé Mitre “que yo pongo sin miedo junto a lo mejor que se ha publicado sobre historia en estos tiempos”.

A continuación, elogia a Roque Sáenz Peña y a Manuel Quintana, los integrantes de la delegación argentina al mencionado Congreso Panamericano de 1889, por su firme actitud frente a las aspiraciones estadounidenses de convertirse en una especie de gendarme continental.

A esta altura, no puede asombrar que Darío inicie su texto con una comparación imaginaria entre cómo debió de ser el entierro de Martí y el del caballero medieval Tanhausser, en la ópera de Wagner. Establecía así una complicidad fuerte con lectores tan afectos a la lírica italiana y que seguramente se jactaban de haber aceptado las novedades que aportaba al género el compositor alemán.

Además, establece una comparación entre el héroe épico y Martí, al que considera un “poeta bucólico”, a despecho de prever ciertas “malignas sonrisas” al respecto. Algo cuyo alcance todavía no comprendemos demasiado bien, pero que se va a ir aclarando inmediatamente.

“Quien escribe estas líneas, que salen atropelladas de corazón y de cerebro, no es de los que creen en las riquezas existentes de América” subjetiviza la enunciación y sorprende al lector medianamente culto: ¿no fue Darío un americanista, más acá de su afrancesamiento y orientalismo, en una época en que, bajo el influjo del positivismo científicista, muchos intelectuales abjuraban en este continente de lo propio?⁶

De manera sinuosa, Darío abre una doble polémica: por un lado, con quienes sobreponen lo épico (celebración de la fuerza) a lo bucólico (celebración de la naturaleza); por otro —y a partir de que Martí es considerado “de lo poco que tenemos nosotros los pobres”, una especie de joya en medio de la pobreza espiritual del continente—, entre los ídolos patrióticos y los

⁶ Algunos ejemplos contemporáneos al artículo pueden ser los ensayos del argentino Carlos A. Bunge, el peruano Alcides Arguedas, el mexicano Francisco Bulnes o el peruano García Calderón, todos influidos por *Lois psychologiques de l'évolution des peuples* (1894) de Gustave Le Bon.

dioses espirituales.

Con su consabido aristocratismo esteticista, llega incluso Darío a burlarse de que semejante artista haya caído muerto entre gentes vulgares:

“Los tambores de la mediocridad, los clarines del patriotismo tocarán diana celebrando la gloria política del Apolo armado de espada y pistolas que ha caído, dando su vida, preciosa para la humanidad y para el Arte y para el verdadero triunfo futuro de América, ¡combatiendo entre el negro Guillermon y el general Martínez Campos!”

Por eso la vigorosa invocación en que reprocha a Cuba esta muerte se basa en la no pertenencia: “la sangre de Martí no te pertenecía; pertenecía a toda una raza, a todo un continente”. Se advierte allí el criterio racial y geográfico con que algunos modernistas rechazaban el influjo anglosajón y que culminaría años después en el *Ariel* (1902) del uruguayo José E. Rodó.

Pero Martí comprende que los Estados Unidos, y en especial la gran metrópoli modelo del Nuevo Mundo, Nueva York, están (o deberían estar, al menos) por encima de ciertas políticas mezquinas, recuerda algunos de los magníficos artículos que desde allí enviara Martí para *La Nación*.

Vuelve a enfrentar, a continuación, “el satisfactorio aborrecimiento de los tontos” a las minorías de lectores que supieron admirarlo en México y Buenos Aires, halagando explícitamente a quienes lo están leyendo. Un modo de atemperar su desprecio por el materialismo burgués, que otros pasajes no disimulan.

Por ejemplo, al insistir en que era “millonario y dadivoso”, en cómo iba “derrochando las esplendideces de su interior”. Un modo de oponerlo a la ruindad de los acaparadores. Discípulo de los maestros franceses del **arte por el arte** (de Baudelaire o Gautier a Flaubert), Darío sabe que los financistas y comerciantes no respetan demasiado al artista.⁷ Y colabora en un diario que está al servicio de éstos, aunque él tampoco ignora que de la misma clase dirigente han salido en la Argentina muchos artistas.

En todo caso ellos, los modernistas, encarnan un nuevo fenómeno, el de los escritores de otro origen, más modesto, que buscan profesionalizarse y vivir de lo que escriben. Les cuesta hacerlo, dado el endeble desarrollo editorial del continente,⁸ pero están luchando para conseguirlo.

El cuestionamiento discursivo

Sin embargo, el texto no se limita a polemizar, sobre los dos frentes indicados, en el aspecto argumentativo. Toda la estrategia retórica empleada es

⁷ Textos clásicos del libro *Azul...* (1888), en tal sentido, son “El rey burgués”, caricatura del dueño y director de un periódico chileno, y “El pájaro azul”.

⁸ Darío publicó en Buenos Aires dos libros (*Los raros* y *Prosas profanas*) gracias al mecenazgo de Eduardo Vega Belgrano, dueño de *La Tribuna* y de Mariano de Vedia y Mitre, secretario de redacción de *La Nación*.

un verdadero desafío a los lectores, porque su lenguaje neobarroco se ubica en las antípodas del utilitarismo lingüístico.

Doy por supuesto, al decir esto, que el modernismo fue el primer intento americano por recuperar el pasado barroco, el esplendor verbal del siglo XVII en otro contexto, cuando éste resultaba urticante para los acumuladores de capital con la mayor economía verbal posible.

Las marcas notorias de tal escritura son, ante todo, de vocabulario. Prefiere la palabra desusada, escribe "fatamorgana" en vez de espejismo o "eucologio" en lugar de devocionario. Incurrir en neologismos, como en esta oración:

"En aquellas kilométricas epístolas, si apartáis alguna ramazón sin flor o fruto, hallaréis en el fondo, en lo macizo del terreno, regentes y ko-hi-nores".

No es sencillo identificar ese último término, que designa, si nos atenemos al otro sustantivo ("regentes"), a una autoridad o dignidad política, posiblemente oriental. Pero el mismo segmento nos permite apreciar, asimismo, el constante desplazamiento poético del lenguaje.

Convertidas las cartas de Martí, por vía metafórica, en un fenómeno vegetal, del que se pueden apartar pasajes menos intensos, la reincidencia imaginaria (en el fondo o lo "macizo del terreno", por estilo) lleva inevitablemente a la alegoría que equipara naturaleza con escritura.

Fulguraciones poéticas de este carácter fluyen a cada paso en el texto, son la mejor prueba de que Darío exhibe su propia riqueza para hablar de un "millonario" artístico. Y esa exhibición impone sobre todo la acumulación verbal, la saturación de procedimientos.

Uno, consiste en la multiplicación de instrumentos mediante los cuales da cuenta de la musicalidad (era uno de los objetivos del modernismo, por imposición simbolista) que distingue a la prosa del cubano: "órgano lleno de innumerables registros", "potentes coros verbales", "trompas de oro", "cuerdas quejosas", "oboes sollozantes", "flautas", "tímpanos", "liras", "sistros".

A eso pueden sumársele las simetrías en el trazado sintáctico del párrafo y de la oración; los permanentes incisos o micro-oraciones incrustadas dentro de la oración principal merced a guiones o paréntesis; las series verbales del tipo "que pudo desjarretar, aplastar, herir, morder, desgarrar".

Las alusiones cultistas que presuponen un lector entrenado. Más allá de los personajes o situaciones operísticas, que Darío descontaba compartir con el público de *La Nación*, remite al conocimiento de escritores europeos (Mendès, Gautier, Goncourt, Saavedra Fajardo, Bourget, Banville, De Lisle), del norteamericano Walt Whitman y de otros saberes.

Apela a "los cuatro ríos de que habla Rusbrock" (en los libros sagrados de la India); a la asociación entre el patriota cubano José J. Palma y Loengrín, protagonista de otro drama wagneriano ambientado en el siglo X; a la com-

paración entre la prodigalidad verbal de Martí y Elciis, que habló “cuatro días seguidos delante del poderoso Otón, rodeado de reyes”, según ciertas leyendas germánicas; a los establos de Augías (es decir a una de las diez hazañas de Hércules).

Tal vez una frase, con la que Darío distingue al estilo del prosista español Eugenio Castelar, resume esto: “Niágara castelariano”. Es decir catarrata, proliferación verbal ilimitada, prueba suprema de que el artista puede competir con los torrentes monetarios de la burguesía americana en ascenso.

En fin, la muestra poética de Martí que reúne hacia el final del artículo nos pone ante otro rasgo neobarroco: la intertextualidad, la remisión del texto a otros textos, practicada desde una perspectiva muy individualizada. Aquí, se trata de los versos martianos que más apreciaba Darío.

Consecuente con su posición de enaltecer al artista y menoscabar al patriota, el nicaragüense elige poemas muy parnasianos, en el sentido de la reverberación sensorial, particularmente plástica, de los versos, al punto de calificar a uno de “primoroso juguete”, y no aquellos poemas en que Martí recuperaba su experiencia de luchador político por la independencia cubana.

Todavía al final desliza una burla esteticista a costa del militar Martínez Campos, que expuso el cadáver de Martí como represalia contra los insurrectos, cuyos dos escritores preferidos eran Cervantes y Ohnet. Aquél, precisamente un modelo de la escritura manierista que Darío admiraba; el otro, un folletinista francés, que vivió entre 1848 y 1918, muy popular por sus relatos aventureros y sentimentales de escasa calidad.

En suma, esta colaboración de Darío en el periódico de la familia Mitre se despliega en diferentes direcciones, que oscilan entre márgenes tan amplios y contrapuestos, como la complacencia y el desafío. Permite una comprobación textual de las tortuosas relaciones que el nuevo tipo de escritor, surgido de las capas medias escolarizadas, ajeno a la elite y deseoso de profesionalizarse, establecía con el poder.

Sirve, también, para recordarnos que todo periódico —salvo los extremadamente partidarios o sectarios— despliega siempre una múltiple gama de propuestas significativas, que no deben ser simplificadas por los prejuicios, por una perezosa reducción a la supuesta **ideología** de la publicación. Por lo contrario, cualquier diario encierra —y expone— una apasionante aventura semiótica que la decodificación abierta, pero sin ingenuidad, nos permite disfrutar en toda su plenitud.